FILOSOFIA Y DERECHO: CASO VENEZOLANO COMO REFERENTE INDEPENDENTISTA FRENTE AL GRAN IMPERIO ESPAÑOL EN LATINOAMERICA

Joan Ordoñez*, Raúl Meléndez M.**

Resumen

El presente trabajo constituye apenas una parte de la investigación que al respecto hemos llevado en el Centro de Investigaciones y Estudios Históricos de la Universidad de Carabobo. La idea es demostrar, desde el punto de vista de los historiadores, que la Independencia es aún un reto no cumplido y una deuda aún no saldada y que nunca serán suficientes las indagaciones en todos los archivos del mundo, mientras el hilo conductor de la interpretación de nuestras realidades pasadas, no se antoje de aparecer. Debemos comenzar por adentrarnos en los principios filosóficos y jurídicos de los que se nutrió el movimiento independentista hispanoamericano, considerando, especialmente, el caso venezolano.

Palabras clave: Filosofía, Derecho, principios, independencia, Latinoamérica

---

* Joan Ordoñez: Prof. Ing. UC. joanmanuel57@gmail.com

** Raúl Meléndez M.: Prof. Fa.C.E-UC. raulmlndez@hotmail.com

PHILOSOPHY AND LAW: CASE AGAINST VENEZUELAN INDEPENDENCE AS A REFERENCE TO GREAT IN LATIN AMERICA SPANISH EMPIRE

Abstract

This work is just a part of the research that we have carried about in the Center for Research and Historical Studies of the University of Carabobo. The idea is to demonstrate, from the point of view of historians, that independence is still a challenge not met and not yet repaid a debt that will never be enough inquiries in all files in the world, while the theme of the interpretation realities of our past, not appear pleases. We begin with get into the philosophical and legal principles which drew the Spanish American independence movement, considering, especially, the Venezuelan case.

Keywords: Philosophy, law, principles, independence, Latin America

I.- A manera de introducción

No resulta una tarea sencilla pretender indagar los principios filosóficos y jurídicos sobre los que se sustentaría una autentica identidad latinoamericana. Ello por razones obvias, habida cuenta de nuestros orígenes históricos como colonia española primero y, luego, como periferia de los grandes centros capitalistas contemporáneos. La influencia del occidentalismo europeo, especialmente español, y con ella la cultura que se nos impuso por más de tres centurias dejó huella indeleble en nuestro modo de actuar, pensar y ver la vida desde un mundo, objetivamente, distinto a aquel que nos colonizó.

Trescientos años de imposición cultural, social, religiosa no en vano iban a ir creando una nueva manera de pensar, una cosmovisión, que se adaptara a los momentos y contextos históricos que, indefecti-

blemente, iba a vivir ese espacio que hoy llamamos Latinoamérica y que resulta un híbrido hasta en su propia denominación. Sobre todo porque en el momento cuando se cruzan el europeo y el autóctono americano, sus diferencias en cuanto a la concepción del mundo debieron ser abismales; toda nuestra herencia indígena así lo deja ver. Pero, ¿acaso esa es o sería una razón para considerar inútil cualquier intento por perseguir y alcanzar una identidad que nos sea propia a los latinoamericanos? En lo absoluto.

Pero hay muchas otras dudas que aún existen alrededor de este asunto. Entonces, ¿desde cuándo y hasta dónde entenderíamos la conformación de nuestra verdadera identidad? ¿Antes de la llegada del europeo? ¿Durante la época colonial? ¿En el proceso independentista? ¿O, desde y durante el período republicano que estamos viviendo a partir de la cuarta década del siglo XIX? Insistimos, tarea nada fácil ni sencilla.

La historiografía latinoamericana más comúnmente admitida, reconoce cuatro grandes etapas, distintas unas de las otras por las disímiles características de tiempo y praxis. En primer lugar, se reconoce el período milenario indígena que, hoy por hoy, aún hace distintas entre sí algunas de nuestras sociedades latinoamericanas. No es lo mismo el análisis de sociedades antañas como la peruana, boliviana y ecuatoriana, por ejemplo, con altos índices demográficos indígenas que naciones como Venezuela, Colombia y Argentina, en donde la presencia indígena es menos perceptible.

La tan anhelada unidad latinoamericana debe, en primer lugar, reconocer que nuestra esencia es, precisamente, la diversidad, sin que por ello tengamos que entendernos como sociedades y culturas abismalmente extrañas unas con otras. Un segundo gran período de la historia latinoamericana y se nos antojará clave a los efectos de determinar nuestra suerte en la consiguiente conformación societaria. Nos estamos refiriendo al período de conquista y colonización española que se extendió, como ya lo hemos repetido, por más de tres siglos.

Una tercera etapa correspondería a los primeros años del siglo XIX, caracterizada por las convulsiones propias del momento más crítico de los años independentistas; dicho de otro modo, durante las primeras tres décadas del XIX cuando se combinaron acciones emanadas de los grupos civiles que conformaban la élite criolla de entonces, con movimientos y levantamientos bélicos que dejarían muy maltrechas las nacientes repúblicas.

Y, por último, encontramos la era republicana que abarca desde finales de la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días. Tiempo cuando, entre marchas y contramarchas, han coexistido gobiernos personalistas, caudillistas y militaristas e intentos civilistas, con evidentes indefiniciones de carácter social y económico, confundiendo mucho más nuestro complicado panorama histórico.

II.- Las propuestas filosóficas españolas y, de gran parte de la Europa occidental de entonces, al inicio de la empresa conquistadora y colonizadora en todo el territorio americano, devendrán en una heterogeneidad cultural, institucional, legislativa, étnica y cultural que, por supuesto, inspirarán todo un complejo normativo que no resulta nada fácil descomponer. Y comencemos por el principio.

Los primeros viajes ultramarinos del siglo XV europeo no fueron los más afortunados para la península ibérica, apenas representada por un sector de lo que hoy podemos llamar Portugal. España no podía presentarse al mundo conocido como una unidad porque no existía como tal; apenas comenzaba a consolidarse con la expulsión de los musulmanes de sus territorios, en una lucha que le llevaría setecientos años. La España que llega a América por primera vez llega por partes; en representación de un reino, mas no de una nación consolidada. En consecuencia, el reino responsable de la travesía fue Castilla y, en consecuencia, el poder de decisión recaería en manos de Isabel, la reina de Castilla, por asumir casi *a motus proprio* la empresa descubridora colombina.

Una lectura de las capitulaciones de Santa Fe, nos alertará al respecto. A decir de Meléndez (2005):

En el lenguaje estrictamente jurídico la Capitulación de Santa Fe y que otorga a Cristóbal Colón ciertos derechos (...) no es ni una verdadera Capitulación, como tampoco tendría que ser algún título que trasladara propiedad o derecho alguno a nadie sobre nada. Básicamente porque no se puede contratar o convenir sobre derechos que aún no existen, sobre la base de una titularidad que no se posee. No obstante, en aquel entonces formaba ya parte como norma consuetudinaria el Derecho de Conquista y Posesión tan en boga en la Antigüedad como en el Medioevo (p.116)

En otro orden de ideas debemos admitir, como antecedente, que la península ibérica fue la única región europea conquistada por los musulmanes, debiendo librar una guerra centenaria para lograr la independencia absoluta de la península; independencia que se produce a escaso tiempo antes de la llegada de Colón a tierras americanas, cuando es expulsado de Granada el último bastión musulmán. Y es que la llamada Reconquista española marcará para siempre la conducta del peninsular y, por qué no, de alguna manera esta circunstancia va a influir a posteriori en todo el imperio. No fue solo una ocupación territorial; era la cristiandad contra el islamismo. Ello dejó su impronta en la España que luego fue metrópoli de un gran imperio.

A la llegada de los españoles a América, no esperada por muchos durante las primeras de cambio, Europa deja a un lado al Medioevo para lanzarse a la aventura renacentista y demás movimientos científicos, sociales y filosóficos que le fueron complementarios. España, fragmentada aún, mira a su alrededor bajo la protección del Cristianismo; práctica religiosa y sociocultural que acababa de vencer al Islamismo. Toda su filosofía de vida podría decirse. Así acude a conquistar y colonizar al Nuevo Mundo, con el agregado algún tiempo después de la presencia cultural y física del componente

africano y de la ineludible influencia nativa. Pero, a todo evento y en consecuencia, despertando tardíamente frente al mundo moderno que comenzaba a arrollarle.

Para Reyes (2012), el Derecho positivo emanado de alguna forma de institucionalización española que produce España para sus colonias americanas durante la conquista y colonización estuvo inspirado en:

Los principios religiosos que espiritualizaron su muy especial período medieval; fundamentalmente en lo que respecta a su lucha contra los musulmanes. Pero, he aquí una advertencia necesaria. No resulta honesto y menos honra a la verdad, satanizar la herencia islámica dejada a los españoles, como generalmente hacen algunos historiadores para justificar ciertos desmanes cometidos por los españoles en América, en el entendido de que su papel estaba predestinado por el Dios cristiano en el empeño de convertir a los infieles nativos. A todo evento, la empresa conquistadora y colonizadora española en América, en no muy pocos casos, fue concebida como una suerte de prolongación de la Reconquista. (p. 202)

En este sentido, apunta Blanco Fombona, tomado de Reyes (2012):

La España árabe, además, al realizarse la unidad española, integra el patrimonio nacional con su cultura científica, artística, industrial. La España musulmana había brillado, en efecto, no sólo por su ciencia, y por sus artes, por sus universidades y bibliotecas, por su tolerancia religiosa y el fausto de sus califas, sino también por su industria y su agricultura (p. 202)

Con respecto al cuerpo jurídico que se comenzó a imponer desde España para sus nacientes colonias, amén de la tesis transcrita, tenemos que Meléndez (2005), agrega:

El Derecho Indiano lo componen el conjunto de normas, codificadas o no, que dictara la Corona Española para regular los aspectos fundamentales que caracterizaron a sus colonias americanas. Por lo general, el Derecho que emanaba de la Metrópoli española para sus colonias, en principio, fue excesivamente casuístico y muy disperso. Pudiera pensarse, entre otras cosas, que la España que viene a América no tenía la suficiente cultura jurídica como para regular con efectividad el quehacer de sus colonias. Y así sucedió (p. 111)

En los primeros períodos el Derecho Indiano fue una sola prolongación del Derecho de Castilla, puesto que fue precisamente la Corona de Castilla la que impulsó las cargas del descubrimiento y la que propicio que las autoridades castellanas elaborasen, casuísticamente, nuevas normas de las que podían tener conocimientos los legisladores de entonces. A partir de allí, comienza a configurarse un nuevo tipo de derecho, el Indiano.

El hecho de que fuese Isabel de Castilla, la que patrocinase los proyectos descubridores, motivó a que los territorios descubiertos por Colón y por sus continuadores, se incorporasen políticamente a la Corona de Castilla y que fuese el Derecho Castellano y no los otros derechos vigentes en el territorio peninsular, el que rigiese, desde los primeros momentos, la vida jurídica de lo que se llamaron las Indias Occidentales.

Así es que el primitivo Derecho aplicado en las Indias fue el Derecho castellano y en la medida que se fue desarrollando la conquista y la colonización se hizo necesario emitir reales cédulas, reales ordenanzas, pragmáticas, autos y provisiones que vinieron a completar la aplicación del Derecho Castellano.

Luego de superada la sorpresa que para muchos significó la aventura colombina, España, o más claramente, la corona de Castilla, comienza a estructurar su política de conquista y colonización. En primer

lugar, ratifica al Evangelio como todo su cuerpo ideológico basado en la fe cristiana. El compromiso sería llevar allende los mares la idea de Dios para convertir al infiel indígena; una suerte de confundir la aplicación del derecho de conquista con la extensión de la llamada Reconquista española aplicada a los musulmanes. Como consecuencia de lo anterior y para afianzar así el establecimiento colonial definitivo, debían crearse instituciones, cuerpos jurídicos y formas de gobierno para garantizar, como efectivamente se hizo, la explotación por más de tres siglos de todo un continente, aún sin la consulta a sus habitantes originarios que nada tenían que ver con el régimen que se estaba implantando.

Reyes (2012) es concluyente al afirmar sobre el tema que se debate:

El español sintió la necesidad de extender la Reconquista allende los mares: una extensión del Cristianismo hacia el Nuevo Mundo que algunas décadas más adelante, durante el reinado de Felipe II, pretendería convertir a España en una Monarquía Católica Universal. Su majestad Felipe II apostó todo su poder económico para mantener a su país como la cabeza visible del Cristianismo en el mundo occidental. Su derrota en esta tarea igualmente afectó a las colonias americanas. Bajo esta concepción Dios sería la fuente de todo el poder de los monarcas, quienes a su vez tendrían como tarea fundamental llevar, a través de sus mandatos y textos normativos, el evangelio y la fe a los infieles (p. 204)

La España que llega a América, contrario a gran parte de Europa, reafirma el poder monárquico del rey que encierra en sí mismo el elemento ideológico jurídico fundamental a partir de la noción de Soberanía; cualidad que, al fin y al cabo, habría recibido de los pueblos, indirectamente, por caminos divinos.

La soberanía como fórmula de detentación del poder es única, indivisible, de rígida sucesión e inalienable; solo el hijo del rey sucede al

rey y sin poder disponer de ese trono ni siquiera de parte de quien lo detenta. La soberanía es también absoluta; el rey es el único que detenta el poder: Administra, legisla, juzga y hace la paz y declara la guerra. Cualquiera de estos atributos puede pasar a otros, pero exclusivamente como autoridad delegada. Son atributos delegables pero no renunciables. La soberanía temporal, por supuesto, tendrá su fundamento en la soberanía Divina.

Así entonces, Dios será la fuente de todo poder de los monarcas, quienes también tendrán como tarea fundamental llevar, a través de sus mandatos, el evangelio y la fe a los infieles, en este caso, a los habitantes americanos. Y esta concepción pareció en principio entrar en contradicción con los argumentos básicos de todo ordenamiento jurídico, que en el fondo estaría compuesto por leyes hechas para humanos por humanos.

Y son estos principios con respecto a la soberanía los que prevalecerán en todo el imperio español hasta su desmembramiento a comienzos del siglo XIX.

III.- En las colonias americanas la filosofía nace, crece y se desarrolla en razón de las imposiciones de toda índole que se derivaron del largo proceso de conquista y colonización española, y que trastocó hasta definir los elementos sociales, culturales, económicos y políticos de toda esta “Tierra de Gracia”. Por supuesto, con la etiqueta del mundo occidental que se filtró por la península ibérica. Es por ello que cuando los latinoamericanos emprenden la comprensión del mundo desde la perspectiva filosófica, por allá a finales del siglo XVI cuando el Renacimiento europeo comenzó a golpear los cimientos del mundo medieval, ya el viejo mundo tenía más de dos milenios ejercitándola.

Durante el último tercio del siglo XVIII, las cosas estaban cambiando en Europa en devenida dirección hacia la modernidad, por lo que imperaba la necesidad de verificar conceptos e instituciones propios de épocas pasadas (medievales aún en España). Nuestra América, por obvias razones, iba a ser reflejo de esta última circunstancia. Sin

embargo, tanto la revolución norteamericana como la francesa, de finales del siglo XVIII, abrirían espacios difíciles de superar por el antiguo régimen y, en este caso, ineludiblemente la América española se haría eco de aquellas revoluciones; Venezuela muy especialmente.

Ese siglo XVIII fue crucial dentro de los tantos años de dominación española en Venezuela como en el resto de la América hispana. Y todo esto se va a dar a partir del arribo al trono español de la Casa de Borbón. Desde entonces, la Corona española modificará lo que habían sido sus relaciones tradicionales con los dominios ultramarinos, con la intención de acrecentar su influencia colonial para obtener un control más directo y efectivo, centralizando y reorganizando todos los ramos de la administración pública. No obstante, esto solo le dio al absolutismo clásico un poco de respiro habida cuenta que el gran imperio español se vendría a pique apenas medio siglo después.

El Despotismo Ilustrado en América, como expresión criolla de la Ilustración europea pasada por el filtro de las cortes españolas, pretendió reestructurar el aparataje colonial hispano. Las propuestas borbónicas, especialmente con Carlos III, constituyeron un intento de modernización pero con las limitaciones que imponía la estructura de coloniaje misma sobre la que se sostenía la relación metrópoli-colonias. Los procesos que caracterizaron al dieciochesco; revolución norteamericana, francesa, la Ilustración con los pensadores que la catapultaron, y la expansión indetenible del capitalismo, no iban a dar ningún tipo de tregua al antiguo régimen y así, entre marchas y contramarchas, iban a dar paso a la modernidad. La América hispana no podía estar al margen del huracán de la historia que todos estos procesos anunciaban por venir.

Volcar la mirada hacia los acontecimientos que dieron origen a la independencia americana, en especial hacia los ocurridos en la Capitanía General de Venezuela durante la primera década del XIX, obliga a hacer referencia a las diversas propuestas dadas a conocer en tiempos de la emancipación. Entre ellas es posible conseguirnos con las razones que intentaban explicar el por qué habían acaecido

los hechos políticos de finales de aquella primera década, tal y como efectivamente acaecieron. Incluso, viniéndonos más acá de esa década, vemos como acontecimientos tan naturales como los famosos terremotos de 1812 en Venezuela, tuvieron hasta connotaciones filosófico-religiosas. A respecto, Altez (2006) afirma:

Ciertamente, en medio de aquella situación, se trataba de apelar a la solidez simbólica que había representado, hasta poco tiempo atrás, la iglesia católica y la ideología cristiana. Tanto es así, que se insistía públicamente en sostener los argumentos utilizados por los religiosos cuando los temblores hicieron su aparición. Ahora en el poder, los realistas parecían decir con confianza que siempre tuvieron la razón al respecto. (p. 155)

Lo que podríamos interpretar como filosofía durante la primera década del siglo XIX, época de los inicios del proceso independentista hispanoamericano, no va a estar caracterizada por un ejercicio de especulación abstracta; atrás quedó la mera contemplación de una realidad que, desde entonces, pedía a gritos ser transformada. El hispanoamericano ya no podía ni debía limitarse a contemplar la realidad; más bien, imperaba su transformación.

Los impulsores de la independencia asumían una odiosa posición frente al español. Sentían su rechazo mientras toda posibilidad de ascenso social les era negada, sobre todo en el campo de la milicia y del Clero. Así entonces, comenzaron a entender y propagar como únicos principios de vida social la autonomía, la soberanía, la libertad y la independencia Todos en clara referencia y dirección hacia la ruptura colonial

IV.- Dos aspectos resultan clave para intentar comprender todo aquel proceso que devendría en la independencia de gran parte de las colonias españolas de esta orilla del Atlántico durante aquellos convulsionados tiempos de principios del decimonono. Uno lo

constituye el asunto de la soberanía. Problema este que durante las primeras de cambio debía ser resuelto sin lesionar los conceptos de religión, patria y rey de los que ya hemos hecho alusión. En este sentido, aparece el Juntismo como la solución. Es decir, la creación de juntas de gobierno que representaran al rey Fernando VII cautivo en manos de Napoleón Bonaparte.

El otro aspecto se deriva, en cierto modo, del primero y era el cómo conformar estas juntas tanto en España como en América con una participación equitativa de representantes de ambos hemisferios, mediante un proceso eleccionario ecuaníme y justo. Tarea por demás incumplible habida cuenta que la relación de sumisión metrópoli-colonia se encontraba aún intacta.

En México, por ejemplo, en julio de 1808, el cabildo acordó como solución al vacío de poder existente por el cautiverio del rey Fernando VII, que debía permanecer como cabeza de gobierno el Virrey, Gobernador y Capitán General provisionalmente hasta el regreso del monarca. Se crea una Junta de Gobierno con el Virrey como máximo representante acompañado por los capitulares. En septiembre dicha Junta es disuelta por la Audiencia y así el Virrey como sus acompañantes fueron arrestados.

Tanto en Perú como en Quito las cosas tampoco se encontraban muy claras. En La Paz el 16 de julio de 1808 es asaltado el cuartel de la ciudad por fieles al rey quienes vitoreaban su nombre. En consecuencia, se convoca un cabildo abierto para conformar una Junta defensora del rey Fernando VII. Pero esta fracasa e, igualmente, detenidos sus componentes. Para diciembre del mismo año se intenta organizar un gobierno provisional en Quito, proponiéndose la creación de una Junta Suprema. Pero, igual que en México, Perú y Venezuela, fracasan y son arrestados sus promotores.

En fin, estas juntas y otras tantas que se intentaron organizar en territorio hispanoamericano no nos llevan a ninguna parte y es posible que no constituyan movimientos preindependentistas propiamente

dichos, sino, consecuencias de los inesperados y agitados momentos políticos que se estaban viviendo entonces. Lo que si debe quedar bien claro es que el juntismo en América se pretendía generar y conformar a imagen y semejanza de lo se estaba haciendo en la península con la llamada Junta Central, sólo que aquellas eran expresiones locales mientras que esta última tenía pretensiones de abarcar todo el reino, incluyendo las colonias de ultramar. Junta Central que a su vez sería la resultante de un proceso eleccionario, pero que desigualmente, involucraría a las colonias americanas.

En este sentido, Nueva Granada, Venezuela, México, Perú, Guatemala y Puerto Rico atienden al llamado electoral para seleccionar a sus representantes ante la Junta Central con sede en España. No obstante, fueron procesos muy controvertidos. Además, veremos como toda esta propuesta se viene abajo en enero de 1810 con la disolución de la Junta Central española y la constitución de una Regencia que la sustituyó. Este hecho generará aún más descontento en las colonias toda vez que solo reconocían a la Junta Central como autoridad provisional en ausencia del rey. Descontento que se materializará con la conformación de juntas en distintas partes de América. Caracas se pronunciará primero el 19 de abril de 1810, Buenos Aires el 22 de mayo, Perú el 25 del mismo mes, Nueva Granada el 20 de julio, México el 16 de septiembre y Chile el 18; todas durante mismo año de 1810.

Luego de la inviable práctica juntista, sobre todo por lo inviable de la misma, nuestras colonias, ejerciendo el principio de autonomía aprendido durante la decadencia del anciano régimen europeo de finales del dieciochesco, dan un viraje para conformar y poner en práctica mecanismos de gobierno propios de cada colonia y sin que mediar alguna institución con sede peninsular como lo fuera la Junta Central o la Regencia. Para nuestra región venezolana el día clave fue el no menos famoso 19 de abril de 1810 cuando es creada la Junta Conservadora de los derechos del rey Fernando VII, teniendo como origen y sede al ayuntamiento de Caracas.

V.- Mucho falta por escribir sobre la metamorfosis que se produce entre los líderes caraqueños desde aquel abril de 1810 hasta julio de 1811. Dicho de otro modo, desde la ratificación de su sumisión al rey español hasta la declaración de independencia de la manera tan radical como se hizo y que ha sido reconocida hasta más de doscientos años después. Resaltan aquí los cuatro principios a los que ya hacíamos referencia: autonomía, soberanía, libertad e independencia.

Leal (2010), sostiene al respecto:

Por último considero que el “caso venezolano” va a contracorriente de la tesis de quienes han sostenido que en los principales movimientos de ese tiempo, los americanos lo que buscaban “era igualdad y autonomía, y no independencia”, lo que obligaría a revisar algunas interpretaciones globales del periplo emancipador hispanoamericano, hechas desde la perspectiva de otros espacios y extendidas al resto de la región hispanoamericana. El itinerario seguido por “el caso venezolano”, al igual que el neogranadino, da cuenta, distinta y desigual, de la complejidad y singularidades existentes en el marco de un proceso político global (p. 44)

En el caso venezolano, el ejercicio legislativo se da con la instalación de su primer Congreso en 1811 y, paradójicamente, va a tener bastante que ver con lo que estaba sucediendo coetáneamente en la corte de Cádiz; puede decirse que se antojaba una suerte de paralelismo surcando caminos diferentes y con pretensiones encontradas, en ambas orillas del Atlántico. Efectivamente, la primera Constitución venezolana la sanciona el recién instalado Congreso en diciembre de 1811, meses antes que la gaditana que lo hace en marzo de 1812. Sin embargo, nuestra diputación criolla no perderá de vista lo que sucedía allende los mares desde la perspectiva legislativa. En ambos casos, tanto los resultados de Cádiz como los de Caracas en esta materia legislativa, terminaron siendo inaplicables por las circunstancias históricas que les rodearon.

En primer lugar, porque la “Pepa” entraría en vigencia muy tardíamente, en marzo de 1812 y apenas de modo intermitente, hasta que dos años más tarde el mismísimo Fernando VII la derogara al obtener su libertad y, en el segundo de los casos, porque nuestra Constitución de 1811 estaba siendo promulgada al son de los cañones que anunciaban el inicio de nuestra fase bélica independentista. Sin embargo, se diferencian en cuanto que nuestro texto desde el punto de vista jurídico-formal dio origen al surgimiento de una nueva nación, mientras que el gaditano planteó lo que muchos en la península reconocen como una Monarquía Moderada.

Tanto de la Constitución venezolana de diciembre de 1811, como de la Constitución española de Cádiz de 1812, se nutrieron luego de dos décadas, de las experiencias que aportaron la revolución francesa y la revolución norteamericana; acontecimientos que, sin lugar a dudas, coadyuvaron en la formación de gran parte de los ideólogos de la independencia hispanoamericana; Bolívar y Miranda fueron casos emblemáticos.

Tales acontecimientos, de los que no entraremos en detalles en el presente trabajo, repercutieron en el ya débil imperio español peninsular y periférico. En este sentido, puede decirse que, tanto en la península como aquende el Atlántico nuestras instituciones de naturaleza aún virtual, y que apenas se encontraban en las cabezas de nuestros libertadores, se formaron bajo la influencia directa y de los aportes al constitucionalismo moderno de aquellas revoluciones.

Al respecto concluye Blanco (2010):

De modo pues, que el imperio español era una forma política en crisis que estaba a punto de desintegrarse para dar lugar al nacimiento de un nuevo conjunto de estados modernos, incluyendo a la propia España. En este marco no nos interesan las causas de la caída del imperio español, se

reduzcan estas a lo económico o político, lo cierto es que la forma de organización política imperial empezó paulatinamente a declinar a favor de un nuevo tipo de organización política que llamamos Estado moderno, que solo a partir de mediados del siglo XIX podemos empezar a llamar Estado-nación (p. 113)

La mayoría de las constituciones hispanoamericanas que se sancionaron durante las décadas independentistas, es decir, la segunda y tercera del siglo XIX, se rigieron en tal sentido por algunos de los principios filosóficos y jurídicos del mundo moderno. Uno de estos principios fue el de la idea de una Constitución, como instrumento legal clave, que diera forma orgánica a las nacientes naciones que emergieran de la desmembración del gran estado español. El despotismo tan característico del medioevo debía dar paso al poder soberano de los pueblos materializado en una Carta Magna. Y este poder soberano y su aplicación práctica solo podrían asegurarse con la existencia de un estado de derecho asido a una Constitución escrita. Así entonces el papel protagónico le iba a estar garantizado al pueblo, luego de alcanzada la soberanía como producto de la independencia política que se avecinaba.

Como segundo principio y que conformó parte de la filosofía de mediados de la época medieval, tenemos el reconocimiento expreso de la existencia de los derechos naturales del hombre y de los ciudadanos, pero esta vez no como una mera declaración de principios, sino como un conjunto de deberes y derechos contenidos en una norma con rango constitucional de obligatorio cumplimiento, para el estado y los ciudadanos, en sustitución del monarca y sus súbditos.

Un tercer principio jurídico que privó en las mentes de nuestros legisladores de entonces fue el de la división de los poderes. Obvio resulta que una fórmula para debilitar el poder absoluto como práctica propia de las monarquías es la División de los Poderes. Nuestros primeros legisladores hispanoamericanos no dudaron en

entender que era un Congreso quien debía, primeramente, legislar y establecer las bases para un estado con pretensiones modernas. Casi al mismo tiempo en todas las colonias españolas en América, aún sin independizarse efectivamente, se estaba haciendo todo el trabajo para la organización parlamentaria que ordenara las emergentes naciones.

Pero hay un punto muy interesante que no dejaron pasar desapercibido nuestros fundadores republicanos, y que se deriva del principio antes mencionado. Esto es la limitación del Poder Público, en razón de dos instituciones que aún hoy cohabitan en las sociedades contemporáneas; el presidencialismo heredado de la Francia revolucionaria y el parlamentarismo de origen anglosajón.

De igual modo, se atendió también originariamente un elemento que no pocas veces olvidamos, pero que constituye el espacio sobre el que cualquier estado ejerce su soberanía; el territorio. El territorio de lo que hoy es Hispanoamérica con su correspondiente división político-administrativa, no fue preocupación durante los tiempos coloniales para la metrópoli. Una razón resulta obvia, si todos pertenecíamos a un mismo reino o imperio, ¿por qué establecer líneas fronterizas demarcadas entre una colonia y otra?

Sin embargo, cada una de las colonias que pretendían liberarse estuvo muy clara en definir sus espacios territoriales, en razón de un precepto jurídico básico que colocaba como referencia para establecer los límites intercoloniales a semejanza de como lo había hecho España con la creación de las capitanías generales. En fin, no cabe ninguna duda de la influencia venezolana sobre el resto de Hispanoamérica durante los primeros años del siglo XIX, época cuando se inicia la gesta emancipadora. La filosofía que inspiró a aquellos próceres civiles y el derecho que se produjo tuvieron como norte, una vez superados los primeros tumultos, fue la autonomía primero e independencia después, tal y como efectivamente se produjo.

Fuentes:

- Altez, Rogelio. (2006). **El desastre de 1812 en Venezuela: sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba**. Fundación Empresas Polar. UCAB. Caracas.
- Arellano M., A. (1983). *Fuente del Derecho Indiano en Venezuela*. En Historia del Derecho Venezolano. Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Caracas (Revista) N° 1.
- Blanco, José Javier. *El concepto de libertad y la formación de un estado moderno en Venezuela (1810-1812)* en **Las Juntas, las Cortes y el Proceso de Emancipación (Venezuela, 1808-1812)**. Universidad Católica “Andrés Bello”. Caracas 2010. Pp. 109-142.
- Blanco F., Rufino. (1980). **El Conquistador español del siglo VXI**. Ediciones Edime. Caracas-Madrid.
- Brewer-Carias, Allan R. (2004). El paralelismo entre el constitucionalismo venezolano y el constitucionalismo de Cádiz en AGUIAR A., Asdrúbal (Coord.ed.) **La Constitución de Cádiz de 1812**. Caracas, UCAB Pp. 223-331.
- Constitucion de Cádiz. Discurso Preliminar leído en las cortes al presentar la Comisión de Constitución el Proyecto de Ella. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12260843118006070754624/ima0000.htm>.) (Consultada el 17/07/2009)
- Halperíng D., Tulio. **Historia de América Latina, Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850**, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Leal C, Carole. *Del Juntismo a la independencia absoluta: La conversión de una élite (1808-1812)*, en **Las Juntas, las Cortes y el Proceso de Emancipación (Venezuela, 1808-1812)**. Universidad Católica “Andrés Bello”. Caracas 2010. Pp. 21-44.

Lynch, John, **Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826**, Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

-----, “El reformismo borbónico e Hispanoamérica”, en: Agustín Guimerá (ed.). **El reformismo borbónico: Una visión interdisciplinar**. Consejo Superior de Investigación Científica, Alianza Editores S.A., Fundación Mapfre América, Madrid, 1996.

Meléndez M., Raúl, *Orígenes del Derecho Indiano hasta las Leyes Nuevas*. Revista Mañongo Nº 24 enero-junio 2005. Universidad de Carabobo. Valencia-Venezuela. Pág. 116.

Morón, Guillermo, *Historia de Venezuela*, Tomo V La Nacionalidad, Italgráfica Editores Impresores, Caracas, 1971, p. 22.

-----, *Historia de la provincia de Venezuela*, Concejo Municipal del Distrito Federal, Caracas, 1977.

-----, *El proceso de Integración de Venezuela (1776-1793)*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1987.

Reyes D. Saydith, *Legislación Indiana y Gaditana: Dos versiones en la evolución del Derecho colonial español. Constitución y descomposición de un imperio*. Revista Ciencias de la Educación Nº 40 julio-diciembre 2012. Universidad de Carabobo. Valencia-Venezuela Pp. 200-211.